ENTREVISTAS (IM)PERTINENTES **Vicente Lleó Cañal**

“En Sevilla las tradiciones que están más arraigadas son las inventadas”

El historiador sevillano, autor de ‘Nova Roma’, el ensayo definitivo sobre los mitos de la Sevilla del Renacimiento, lamenta la pérdida de criterio a la hora de pensar la ciudad y relativiza el mito barroco de la capital andaluza

Carlos Mármol

Vicente Lleó Cañal, el pasado martes, en la biblioteca de su casa en el barrio sevillano de San Bartolomé.

FOTOS: ANTONIO PIZARRO

INTERIOR DÍA. Vísperas del estío. La vivienda donde habita Vicente Lleó Cañal, catedrático de Arte, es como su dueño: sobria y funcional. Libros hasta el techo, pasillos, paredes blancas, grabados y una luz tenue, tímida, de estirpe clásica. Un espacio de quietud meridional. Una *torre* como la de Montaigne, pero sin el innecesario problema de la altura.

–¿Alguien que en Sevilla dice lo que piensa es un impertinente, un inconsciente o alguien sincero?

–Probablemente, las tres cosas a la vez. En esta ciudad hay una superestructura de poder que no tiene una presencia física excesivamente potente pero que sí tiene capacidad de control. Puede hacerle el vacío a una persona, ignorarla y decretar su muerte civil. Aquí siempre hay que estar en un bando. Mantener la independencia es muy complicado.

–¿Esa es su experiencia?

–Algo sé de la materia. Ser independiente en Sevilla es un lujo. Y los lujos, claro está, cuestan dinero.

–¿Cómo ve usted a la ciudad?

–Yo recuerdo a Sevilla como una ciudad encantadora que se conservaba casi intacta. Tras el derribo de las murallas quedó congelada. Era pobre, pero aún tenía un encanto estético enorme que se ha perdido en pocos años. No me refiero a los monumentos, sino al contexto: el tejido en el que éstos se insertaban. Se ha construido ignorando este factor con resultados lamentables.

–¿El deterioro es anímico o físico?

–Es un deterioro físico y también espiritual. En aquella Sevilla pobre existía un cierto respeto por la ciudad. Incluso la gente más modesta tenía nociones sobre cómo mantener el alma de la urbe. El *genius loci*. Con el desarrollismo se perdió. La gente ahora carece, si es que alguna vez lo tuvo, de un concepto claro del buen gusto. La arquitectura popular, al contrario que los monumentos, siempre es mucho más frágil. Cualquier alteración la destruye.

–Su libro sobre la Sevilla del Renacimiento es la crónica de un fracaso: el del humanismo sevillano.

–Habla de la Sevilla del siglo XVI. La ciudad que recibe al emperador Carlos V, a la que acuden humanistas como Castiglione o Navagero y toda la intelectualidad de la época. Donde se discuten las ideas de Erasmo. Cuando cambia el contexto histórico se diluye la idea de imperio de la Corona y empieza la creación de los Estados, estas ideas son superadas por la *realpolitik*. La cristiandad, que era monolítica, se divide con el cisma protestante. Comienza la Contrarreforma. Erasmo es censurado. Los círculos intelectuales se retiran de la vida pública para refugiarse en sus tertulias. Dejan de publicar. Sus escritos sólo circulan en manuscritos. Hay una dejación de la idea esencial del humanismo: pensar que el hombre puede modificar su vida aplicando la razón.

LA CIUDAD OFICIAL

> “En Sevilla existe un poder capaz de hacerle el vacío a una persona y decretar su muerte civil. Aquí hay que ser por fuerza de un bando”

–¿Se produce una derrota?

–Más bien es un retraimiento. Todos los humanistas, que dependían de la Corona, ven que ésta renuncia a estas ideas y la Inquisición comienza a controlar la difusión escrita. Se censuran hasta los sermones. Hay pánico a decir lo que se piensa.

–En sólo tres décadas Sevilla pasó de ser la periferia de Europa a convertirse en el centro del orbe conocido. Desde entonces no hacemos más que añorar este pasado.

–Es un hecho recurrente en nuestra historia. Fíjese en San Telmo. En el XVIII el río ya no era navegable para los grandes barcos. Sevilla vivía una decadencia tremenda, que se incrementó cuando la cabecera de Indias se traslada a Cádiz. ¿Cómo reaccionamos? La Universidad de Mareantes alquila unos terrenos e inicia una construcción totalmente megalómana en aquel contexto de crisis terrible. Y le dan tratamiento palaciego. Ésta es la reacción de Sevilla: intentar agarrarse a algo grande en mitad del desconcierto.

–Una forma de negar la realidad

–Un desorbitado optimismo. Aquí creemos que un *deus ex machina* va a salvarnos. En unos casos mediante una escuela de navegantes y en otros, como en el 29 ó el 92, organizando una Exposición Universal.

–¿Este sentido heroico de Sevilla no tiene algo de demencial?

–Bueno, es que la sociedad civil tiene muy poco peso. Resulta dificilísimo movilizarla. Sólo lo consiguen el fútbol y la Semana Santa. Cualquier otra cosa da igual. Las pocas personas que tienen cierta inquietud, la esperanza de hacer algo, intentan cambiar las cosas sobre esta idea de una redención divina. Los resultados son frustrantes. Nos falta el carácter paciente y sólido de la labor diaria. Implicar a la sociedad.

–¿Nos iría mejor si fueramos algo más calvinistas o protestantes?

–Por supuesto. Y deberíamos protestar muchísimo más. Aquí se cometen atrocidades sin que la gente reaccione. Unos amigos irlandeses me contaron que en Dublín se han organizado manifestaciones porque en un determinado barrio empresas que compraban casas antiguas, al reformarlas, sustituían las ventanas de guillotina. ¡Y hacían una protesta por eso! Uno no sabe si reír o llorar. En Sevilla, en cambio, se comenten barbaridades y no pasa absolutamente nada.

–¿No hay mecanismos de relación distintos al fútbol o a las cofradías?

–No soy aficionado a ninguna de las dos cosas, pero me quedo asombrado de lo bien que funcionan: a los niños desde pequeños los apuntan a hermandades y clubes. En muchos aspectos estos fenómenos absorben excesivamente las energías de la ciudad, pero no cabe duda que funcionan. Quizás se deba a que durante la dictadura fueron la única vía de participación tolerada: había calles que no se arreglaban hasta que tenía que pasar una cofradía.

–Ambos fenómenos, más que integrar a iguales, fomentan la adhesión a unas jerarquías determinadas. Asumen un cierto ‘statu quo’.

–Le respondo con un ejemplo histórico. En la Sevilla de Indias había un famoso dicho: no hay caballero sin ramo de mercader. Los mercaderes enriquecidos gracias al comercio con América, llegados a determinado nivel, en lugar de seguir siendo ricos lo que ambicionan es parecer nobles. Sevilla transforma a las personas: la burguersía del comercio, en muchos casos holandeses, genoveses o italianos, pasadas varias generaciones lo que quieren es poseer un palacio, fundar la Maestranza o la Hermandad de la Caridad, instituciones señeras de una aristocracia de nuevo cuño que ya no es tan antigua como la castellana y cuyo mayor éxito consiste en dejar de ser mercaderes para ser aristócratas.

–Todos asumen el ideal nobiliario.

–Buscan casarse con nobleza más antigua y crear su propio entramado. Importa más aparentar que ser. En Sevilla ocurre con mucha más intensidad. No hay más que ver las haciendas, que tenían una parte de representación social importantísima. Pasan de ser explotaciones agrícolas a convertirse en señoríos.

–¿El dinero hace el linaje?

–Yo no estoy muy metido en el mundo económico, pero quién no conoce a gente arruinada que pide créditos no para montar una empresa, sino para irse al Rocío. La cuestión es aparentar, cosa que tiene una larga tradición en España: el hidalgo empobrecido que se echaba migas de

>>>>>CATEDRÁTICO DE ARTE >>>>>>